

JUAN PABLO II - UN SIGNO DE ESPERANZA

“Queremos extender nuestra mano y abrir nuestro corazón, en este momento para todos los pueblos e individuos que están oprimidos por cualquier tipo de injusticia o discriminación en la vida económica o social, o en la vida política, o con respecto a la libertad de conciencia o con respecto a la libertad religiosa”, dijo el Papa Juan Pablo II al hablar por primera vez a los 111 cardenales que lo eligieron. Les señaló que trabajaría por la paz y la justicia internacionales, y trataría de no pasar por encima de los derechos de las autoridades civiles.

También les dijo que prometía continuar desarrollando la línea trazada en el Concilio Vaticano II, llevando a cabo las reformas en él consagradas, de una manera “prudente pero estimulante”, a la vez.

Reafirmó que continuaría trabajando en el campo ecuménico, avanzando hacia la comunión cada vez mayor con otras iglesias cristianas. Y puso especial énfasis en que la administración de la Iglesia necesita de un papel siempre mayor y creciente de todos los obispos. En este sentido, prometió promover una mayor participación de los purpurados en la conducción de la Iglesia.

La elección de un cardenal polaco, Karol Wojtyla, ha desatado junto a la alegría de los creyentes, una serie de interpretaciones. Desde 1573, cuando murió el Papa holandés Adriano VI, la Iglesia no elegía a un cardenal no italiano como Sumo Pontífice. “Me han llamado de una tierra lejana pero siempre cercana en la comunión de la fe y la tradición cristiana”, dijo el Papa en su primera alocución ante 300 mil personas congregadas en la Plaza de San Pedro. Es el primer Papa polaco y el primer Papa que ha ejercido su apostolado en una nación socialista.

Karol Wojtyla nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, una localidad pequeña, cercana a Cracovia, en el sur de Polonia. Hijo de un obrero, Wojtyla, debió trabajar para costear sus estudios secundarios y superiores, debido a la pobreza de su familia. Mientras trabajaba en una fábrica de productos químicos, desarrolló un trabajo de apostolado entre sus compañeros de fábrica. Cuando Polonia sufrió la ocupación de las tropas nazis, integró el movimiento de resistencia contra el nazifascismo, escribió artículos y participó como actor en un grupo de teatro vanguardista antinazi, que funcionaba en forma clandestina. Fue durante esa época cuando brotó su vocación religiosa y comenzó a cursar sus estudios en un seminario que tenía carácter clandestino. Durante la ocupación nazi fue condenado a trabajos forzados en una cantera.

A los 26 años, el 10. de noviembre de 1.946, se ordenó de sacerdote. Viajó a Roma, donde obtuvo el doctorado en filosofía en el Ateneo Angélico, el año de 1.948. Posteriormente publicó numerosos ensayos en revistas filosóficas francesas y fue autor de un estudio acerca del alemán Max Scheller. El año de su ordenación viajó a Francia, Bélgica y Holanda, y mostró especial interés por conocer la organización de la Juventud Obrera Cristiana.

Desde antes de estudiar en el Seminario, y aún después de ordenado como sacerdote, ha desarrollado una actividad literaria constante, ha publicado en diversos diarios polacos, poesías y prosas de las que es autor. El pseudónimo de Andrzej Jawien fué uno de los que más utilizó. Este interés en la literatura le ha permitido poseer una vasta cultura. Fue profesor de ética en la Universidad Católica de Lyblin, y también en la facultad de teología de la Universidad de Cracovia. Por invitación del Papa Pablo VI dirigió ejercicios espirituales para el Pontífice y los Obispos italianos. Las meditaciones de Wojtyla en esa ocasión, fueron recogidas en un libro que, con el título "Signo de Contradicción", se editó en 1.966. Pero antes de ese año, el obispo Wojtyla solía dictar catequesis acerca de diversos temas en la Iglesia de San Estanislao, a la que asistía el clero italiano y gran cantidad de laicos.

En su primer mensaje al mundo, Juan Pablo II reafirmó su adhesión a los principios del Vaticano II, a la vez que insistió en la necesidad de conservar intacto el depósito de la fe:

"Ante todo queremos insistir en la permanente importancia del Concilio Ecuménico Vaticano II, y aceptamos el deber formal de llevarlo cuidadosamente a la práctica. No es acaso este Concilio universal como una piedra milenaria, o un acontecimiento del máximo peso, en la historia bimilenaria de la Iglesia, y consiguientemente, en la historia religiosa del mundo y del desarrollo humano? Ahora bien el Concilio, igual que no se termina en sus documentos, tampoco se concluye en las aplicaciones que se han realizado en los años siguientes. Por eso, juzgamos que nuestro primer deber es promover con la mayor diligencia, la ejecución de los decretos y normas directivas del mismo Concilio. lo cual haremos con una acción a la vez prudente y estimulante, buscando principalmente que, antes que nada, se logre una adecuada mentalización".

"Es decir, que es necesario primero poner el espíritu de acuerdo con el Concilio, para poder llevar luego a la práctica cuanto él dijo, y para poder explicitar todo lo que en él se esconde o como suele decirse, está en él implícitamente, teniendo en cuenta las experiencias realizadas y las exigencias de las circunstancias. Para decirlo brevemente, urge hacer madurar, por el camino del avance y de la vida, las fecundas semillas

que los Padres del Concilio Ecuménico, alimentados con la palabra de Dios, sembraron en tierra buena (Mt. 13, 8-23), es decir, los autorizados documentos y las deliberaciones pastorales”.

“Este propósito general de fidelidad al Concilio Vaticano y esta expresa voluntad, por nuestra parte, de aplicarlo, puede comprender varios sectores: el campo misional y ecuménico, la disciplina y organización; pero hay un sector, en el que habrán de volcarse los mejores cuidados, a saber, el de la eclesiología. Es necesario, venerables hermanos y amados hijos del orbe católico, que tomemos de nuevo en las manos la “gran carta” del Concilio, es decir, la constitución dogmática “Lumen Gentium” para que meditemos con renovado y reforzado afán, sobre la naturaleza y misión de la Iglesia”.

“Hacerlo no sólo para lograr aquella comunión de vida en Cristo de todos los que en El crean y esperan, sino también para contribuir a hacer más amplia y estrecha la unidad de toda la familia humana”.

“El Papa Juan XXIII solía decir estas palabras: “Iglesia de Cristo, Luz de los Pueblos”, porque la Iglesia es el sacramento universal de la salvación y la unidad para todo el género humano”.

“El ministerio salvífico, que tiene como punto central de referencia la Iglesia, y se realiza a través de la Iglesia, el dinamismo que gracias a este mismo misterio anima al pueblo de Dios, esa peculiar conexión o forma colegial por la que “cum Petro et sub Petro” los sagrados pastores se unen entre sí, son puntos capitales, sobre los que nunca se reflexionará bastante, para que encontremos -teniendo en cuenta las necesidades constantes o transitorias de los hombres- las formas con las que conviene que la Iglesia se presente y actúe”.

“Por lo cual, la adhesión a este documento del Concilio, tal como resulta iluminado por la tradición y con las fórmulas dogmáticas dadas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros, pastores y fieles, el camino cierto y el estímulo constante para que -digámoslo de nuevo- caminemos por las sendas de la vida y de la historia”.

El Papa dirigió una palabra especial a los más débiles, a los pobres, a los enfermos, a los afligidos y les quiso abrir de manera especial, en el primer instante de su ministerio pastoral, su corazón. De esta manera ha despertado en todos una gran esperanza.